



MARA RUTHERFORD

TIEMPO  
DE  
VENENO



TIEMPO  
DE  
VENENO

MARA RUTHERFORD

YOUNG KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, mayo 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-58-5  
Depósito Legal: CS 10-2023  
© del texto, Mara Rutherford  
© de la ilustración de cubierta, Charlie Bowater  
de la traducción, Tatiana Marco Marín

**Código THEMA: YF**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.youngkiwi.com](http://www.youngkiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para Jack, mi fan número uno desde el principio.  
Te quiero. Todo va a salir bien.



# Prólogo

Mientras perseguía a su presa a través del bosque oscuro, el lobo no estaba pensando en el hambre pues, antes, aquel mismo día, se había dado un festín con un corzo enorme. Le impulsaba un sentido de finalidad que había infectado su cerebro a finales del invierno anterior cuando se había abierto paso con cuidado a través del hielo hasta la isla boscosa que parecía muy tranquila, pacífica y llena de presas.

No era de aquella montaña. Había nacido en otra, no muy lejos de allí. El alfa le había expulsado de la manada, pues había sido consciente de que, en un futuro cercano, le haría competencia. Pero él no lo había sabido, tan solo había sabido que, por primera vez en su vida, estaba solo. Solo, hambriento y anhelante.

No había más de los suyos en aquella montaña. Había buscado por todas partes, pero había algo en aquel Bosque que no parecía recibir bien a los lobos o, de hecho, a cualquier otro gran depredador. No se trataba de una falta de presas, sino algo que había en el propio Bosque, una especie de aviso de que aquel lugar no estaba destinado a aquellos que eran como él. Sin embargo, había estado cansado, hambriento y buscando algo y, así, había acabado en la isla, caminando suavemente de un lado para otro sobre patas

silenciosas, pasando las cabañas adormecidas y sus habitantes inconscientes, que hubiesen resultado una comida muy agradable. Sin embargo, el Bosque le había dicho: «No, tampoco son para ti», y él había acabado en un pinar en el centro de la isla.

Durante mucho tiempo, el lobo había olisqueado la base de los árboles, detectando el olor de la sangre antigua y del nuevo crecimiento a gran profundidad bajo el suelo del Bosque. Las raíces de los árboles, que habían sido renovadas en una ceremonia poco antes de la primera nevada, siempre estaban vivas, incluso cuando el resto de la isla dormía. Sintiendo seguro y tranquilo por primera vez en muchos meses, el lobo se había tumbado entre las raíces y había dormido mucho tiempo y sin sueños.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, se había sentido diferente. Ya no estaba hambriento, cansado o solo. Era como si el propio Bosque le hubiese nutrido durante la noche. Después, se había despedido de él, diciéndole que se marchase de la isla antes de que el lago se deshelara y se quedase atrapado. El Bosque tan solo le había pedido una cosa a cambio: que le nutriese tal como él le había nutrido. Y ahora, el lobo, que todavía era joven y todavía estaba aprendiendo, por fin cumpliría su deber.

Cuando la isla por fin apareció ante él, soltó un aullido largo y triste y empujó a su presa a seguir hacia delante.



# Capítulo Uno



Los vigilantes estaban en la orilla del lago, escudriñando a través de la espesa niebla que, a baja altura, flotaba sobre el agua durante aquella época del año, cuando el invierno empezaba a derretirse y convertirse en primavera. Al otro lado del lago, las voces de los forasteros resultaban tan vacías y tristes como el lamento de un loco.

En Endla, el sonido siempre había viajado de una forma extraña.

—¿Qué crees que están haciendo? —susurró Sage junto al oído de Leelo, haciendo que un escalofrío le recorriese la columna.

Ella sacudió la cabeza. Era imposible adivinarlo a través de la niebla. Llevaban siendo vigilantes apenas unas pocas semanas y, hasta entonces, no habían interactuado con los aldeanos que había al otro lado del agua. Ni siquiera deberían estar allí. De hecho, no estarían allí si fuese primavera. El invierno les había vuelto temerarios.

Leelo se estiró y contempló los pocos fragmentos de hielo que quedaban, repartidos sobre la superficie cristalina del agua como si fueran reflejos de las nubes. La mayor parte del lago era demasiado profunda como para helarse y solo algún que otro loco era lo bastante atrevido como para intentar cruzarlo. Los cadáveres de

pájaros migratorios jóvenes servían como recordatorio ocasional, en caso de que alguien lo necesitase, de la magia del lago. Eran arrastrados hasta la orilla con la piel y las plumas devoradas por un veneno tan fuerte que podría hundir un barco de madera mucho antes de que consiguiera atravesarlo.

—Tal vez este año tengamos suerte —murmuró, más para sí misma que para Sage—. Tal vez no venga nadie.

Sage resopló.

—Siempre vienen, prima. —Le dio un tirón de la trenza rubia y se levantó—. Vamos. Nuestro turno ha terminado y, por ahora, no se van a ir ningún sitio. Vamos a buscar a Isola.

Durante el invierno, no habían visto demasiado a su amiga, ya que, Isola, que era un año más mayor, había estado terminado su año obligatorio como vigilante. Ahora que lo había experimentado por sí misma, Leelo no la culparía si se pasase un mes entero hibernando. Vigilar era a la vez aburrido y agotador.

Siguió a Sage hacia los árboles, con las suelas de las botas forradas de piel de oveja hundiéndose rápidamente en el barro y las hojas muertas que dejaba atrás la nieve al derretirse. Odiaba aquella época del año. Todo estaba sucio y era de color marrón, incluso la ropa que llevaban. No podría ponerse los vestidos preciosos y resplandecientes que confeccionaba su madre hasta el festival de primavera.

Sage se inclinó para arrancar una rama de acebo de un matorral, murmurando en voz baja una oración de agradecimiento al Bosque, que proveía a Endla con tanta generosidad. Como vigilantes, su trabajo era proteger su hogar de los despiadados forasteros que habían destruido todo menos aquello, el último de los Bosques Errantes.

—Tenemos que terminar las coronas. Tú ni siquiera has elegido un tema todavía.

Leelo suspiró.

—Aún tengo tiempo.

Siempre le había encantado el festival de primavera, pero, en aquel momento, se aferraba a los días como un niño a las faldas de su madre. Cuanto antes llegase la primavera, antes se marcharía Tate, su hermanito pequeño. A menos que, por algún milagro, su magia apareciera antes de que eso ocurriera. Cada vez que se imaginaba a Tate allí fuera, junto a los forasteros, quería llorar, porque, si ella no estaba allí para cuidarlo, ¿quién lo haría?

Abandonaron el sendero principal y se dirigieron hacia la cabaña de Isola, donde Sage llamó a la puerta con energía. Pasó casi un minuto antes de que se abriese unos pocos centímetros, revelando la cara hinchada por el sueño y el pelo enmarañado de su amiga.

—¿Qué ocurre? —Sus palabras sonaron como un graznido. Estaba claro que eran las primeras que pronunciaba aquella mañana.

—Lo sentimos. —Leelo agachó la cabeza mientras empezaba a alejarse—. No nos habíamos dado cuenta de lo pronto que es.

—No es pronto —dijo Sage—, es solo que Isola es una perezosa.

Leelo le propinó un codazo a su prima, aunque Sage nunca había sido famosa por su tacto. La otra chica pestañeó un par de veces, intentando despertarse del todo.

—No he dormido bien, eso es todo. ¿Qué hacéis aquí? ¿No deberíais estar de vigilancia?

Sage se encogió de hombros.

—Nuestro turno ha terminado. De todos modos, tampoco estaba pasando nada.

Una sombra atravesó los ojos de Isola.

—Nunca pasa nada, hasta que pasa.

Aquel era un comentario tan extraño que Leelo se preguntó si había pasado algo durante la vigilancia de Isola, algo de lo que ella y Sage no se hubieran enterado. Era totalmente posible que un forastero hubiese intentado cruzar sin que los isleños más jóvenes se hubieran enterado. Sin embargo, se habría anunciado cualquier cruce exitoso. A los forasteros que eran atrapados por los

vigilantes se les daban siempre dos opciones: el Bosque, o el lago. En cualquier caso, nunca se volvía a saber nada más de ellos.

Desde el interior de la cabaña, una voz grave llamó a Isola por su nombre antes de que Leelo pudiese preguntarle a qué se refería.

—Lo siento, ese es mi padre. Debería volver dentro.

Sage puso los ojos en blanco y volvió a dirigirse al bosque sin molestarse en despedirse. Isola se disculpó con Leelo mientras se encogía de hombros y ella le dedicó una sonrisa de solidaridad, pues había tenido que soportar el embate del mal genio de su prima durante diecisiete años.

«Todas las rosas tienen espinas», le recordaba su madre después de que Sage hubiese dicho o hecho algo cruel. Era quisquillosa, pero también era fuerte, inteligente y ferozmente leal. Si Leelo se encontrase alguna vez en problemas, sabía que su prima iría a rescatarla sin hacer preguntas.

Casi habían llegado a su propia cabaña cuando un movimiento entre los arbustos captó la atención de Leelo. Un destello de pelo oscuro y piel pálida. Se detuvo y miró alrededor como si acabase de tener una idea.

—Tienes razón, debería ponerme a trabajar en la corona. Toma mi arco y dile a mamá que volveré a casa pronto.

Sage y su madre se habían mudado con la familia de Leelo cuando los padres de ambas habían muerto en un accidente durante una cacería, cuando Tate todavía era un bebé. En Endla, no era raro que varias generaciones de una misma familia viviesen juntas, pero sí era raro que dos mujeres enviudasen siendo tan jóvenes, especialmente si eran hermanas.

Por suerte, Fiona, la madre de Leelo, y Ketty, su tía, eran mujeres muy capaces. Ketty se había encargado de cuidar del pequeño rebaño de ovejas de la familia, que producía la lana que la madre de Leelo tejía para convertir en ropa. Los endlanos conseguían la mayor parte de sus posesiones y comida a través del trueque, por lo que era importante tener alguna habilidad, algo que muy pocas

otras personas pudieran ofrecer. Ellas no eran las únicas pastoras, pero la madre de Leelo confeccionaba los mejores artículos de lana de la isla. Juntas, las hermanas eran capaces de mantener a su familia, pero los inviernos siempre eran austeros.

—Puedo ayudarte —se ofreció Sage, pero Leelo negó con la cabeza.

—No, no. La tía Kitty te estará esperando. No tardaré mucho.

—Como quieras.

La muchacha tomó los dos arcos y entró en la casa. Cuando dejó que la puerta se cerrara detrás de ella, la cadena de campanitas que colgaba del marco tintineó. Pasaron varios minutos antes de que Tate se atreviera a mostrarse, temiendo que su tía, que era muy estricta, le pillase eludiendo sus obligaciones.

Había crecido tanto en el último año que tan apenas reconocía en él al mismo bebé de pelo negro como los cuervos que había ayudado a criar. Era tan guapo que, a veces, lo confundían con una chica, al menos hasta que fue lo bastante mayor como para andar y la gente empezó a verlo vestido con pantalones en lugar de falda.

Kitty era la que le había puesto el nombre cuando, al nacer, había dicho que era «más feo que un petate». Lo había dicho tan a menudo, que, aunque todos sabían que no era verdad, se les había pegado el «Tate». Pero, a veces, cuando su madre lo acunaba para que se durmiera en medio de la noche, Leelo oía que lo llamaba Ilu, «el amado», con una mirada distante en los ojos que nunca antes le había visto.

—Entonces, vamos —dijo Leelo, haciéndole un gesto para que se acercara—, puedes ayudarme a hacer la corona para el festival.

Él sonrió, feliz de participar como fuera. Los isleños como Tate, a los que llamaban «*incantu*» o «los sin voz», no tenían permitido asistir al festival, incluso aunque todavía no tuvieran la edad suficiente para que les afectase la magia. En el momento en el que un isleño llegaba a la adolescencia, normalmente en torno a los doce años, era susceptible. Pero, aunque entendía los motivos

que se escondían tras ella, Leelo odiaba aquella norma. Como si los *incantu* no se sintieran como unos parias lo bastante a menudo.

Caminaron un rato en silencio, hasta que el sendero se perdió entre la maleza y se vieron obligados a abrirse camino a través de ella.

—¿Qué debería escoger para la corona? —le preguntó a Tate.

Era tradición que cada joven adulto decorase una corona para honrar la flora y la fauna de Endla y que simbolizaba que todos eran una parte importante del ecosistema. Sage había decidido utilizar un ciervo. Leelo suponía que, ante todo, era una excusa para vestirse con algo puntiagudo.

Tate se mordió el labio inferior un momento, ansioso de que se le ocurriera la respuesta adecuada.

—¿Qué te parece un zorro?

—Mmmm... Quizá es demasiado astuto para mí.

Él se miró los pies, pensativo.

—¿Una ardilla?

Leelo sonrió y arrugó la nariz.

—Estaba pensando en algo con menos bigotes.

Habían deambulado hasta llegar cerca del lago, pero no estaban en riesgo de encontrarse con un forastero allí, donde la orilla del otro lado apenas era visible.

—¡Un cisne! —dijo Tate de pronto.

—Bueno, ¿y dónde iba a conseguir...?

La voz de Leelo se fue desvaneciendo cuando vio a la cría del cisne sacudiéndose en los bajíos. Miró alrededor, asegurándose de que estaban solos y, después, tomó un palo lleno de barro y se dirigió a toda prisa hacia el agua.

—¡Ten cuidado! —exclamó Tate, retrocediendo.

Desde el momento en el que empezaban a andar, les enseñaban que nunca debían acercarse al agua, pero el veneno siempre era más débil en aquella época del año. Sospechaba que tenía algo que ver con el hielo derritiéndose que, de algún modo, diluía el

veneno, pero no lo sabía con certeza. Lo único que sabía era que, si no lo ayudaba, el cisne moriría.

—Qué tonto, amigo —dijo, intentando alcanzarle con el palo.

El animal había dejado de sacudirse. Probablemente, tenía el corazón y los pulmones dañados de forma irreparable. Al final, consiguió acercarlo lo suficiente como para poder alcanzarlo.

Cubriéndose la mano con la capa, agarró el cuello largo y delicado del cisne. Estaba tan débil que ni siquiera intentó luchar.

—¿Está muerto? —preguntó Tate, mirando por encima de su hombro.

—Todavía no, pero me temo que es demasiado tarde para salvarlo. —Los dedos de Leelo deseaban acariciar el plumón gris que daba paso a las plumas blancas como la nieve. La criatura era tan hermosa que sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Pobrecito. No merecía morir así.

Todos los años, algunos pájaros jóvenes cometían el error de aterrizar en lo que parecía un lago límpido de montaña sin darse cuenta de que en sus aguas no había peces y que en los bajíos no crecían plantas. En un solo día, los pájaros se consumían hasta que no quedaban más que los huesos huecos. Con el tiempo suficiente, incluso eso acabaría disolviéndose. Leelo jamás había encontrado un pájaro que siguiese vivo después de aquello.

De algún modo, sentir cómo la vida de la criatura se le escurría entre los dedos era peor que cazar, porque aquella muerte no tenía ningún sentido. No podían comerse la carne porque ya estaba contaminada por el veneno.

Tras unos minutos, Tate apoyó la mano sobre el hombro de su hermana.

—Ya no sufre, Lo.

Ella sorbió por la nariz y se secó las mejillas en el hombro.

—Lo sé.

—Quizá puedas lavar las plumas y usarlas para tu corona. Así, de alguna manera, una parte de él continuará viva.

Leelo se giró para mirar los ojos marrones de su hermano con el corazón henchido por su amable franqueza.

—Es una idea encantadora —susurró contra el pelo suave del niño—. ¿Me ayudarás?

Él asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

Juntos, enjuagaron a la cría de cisne con agua dulce del odre de Leelo y, después, lo cubrieron con la capa antes de regresar a casa. Por el camino, Tate recogió del suelo del bosque unas cuantas ramitas lo bastante flexibles como para convertirlas en una corona. Leelo señaló unas bayas azul brillante que serían perfectas como adornos y su hermano arrancó media docena, murmuró una plegaria y se las metió en el bolsillo para que no se perdieran.

Cuando estaban cerca de la cabaña, Tate se detuvo para atarse los cordones de las botas y le hizo un gesto a su hermana para que se arrodillase junto a él.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Él habló en voz baja, a pesar de que todavía estaban solos.

—La tía Ketty está mirando por la ventana. —Leelo sabía que no debía alzar la vista—. Me odia.

—No te odia —le aseguró—. Tan solo es que es así.

Él frunció el ceño.

—Va a preguntarse qué estábamos haciendo.

—Le voy a decir que te he pedido que me ayudes. No te preocupes, hermanito.

—Tengo miedo.

Leelo sabía que ya no estaba hablando de su tía. Estiró la mano y, durante un momento, le acarició las mejillas cada vez menos redondeadas.

—Si te sirve de consuelo, yo también.

Antes de enderezarse, compartieron una sonrisa pequeña y triste.

—Yo lavaré y desplumaré al cisne —dijo Tate—. Tú deberías acabar tus tareas.

—Ten cuidado; ponte guantes.

Mientras le quitaba de las manos el bulto que era la criatura, él alzó la barbilla.

—Nos cuidamos el uno al otro, ¿verdad?

Ella sintió cómo le dolía el pecho por el amor que sentía y por la mentira que estaba a punto de decirle.

—Siempre.

Aquella noche, cuando ya era tarde y todos los demás habitantes de la casa estaban dormidos, Leelo se escabulló, tomando un cuchillo de la cocina por el camino. Guiándose por nada más que la luz de la luna y su propia motivación, se dirigió hacia el centro de la isla, al corazón del Bosque Errante.

Los árboles que había allí eran especiales. Cada uno de ellos pertenecía a una de las familias de Endla, cumpliendo la función de una especie de santo patrón al que las familias le rezaban y le hacían ofrendas. Sin embargo, el invierno era la única época en la que los isleños se mantenían lejos de aquella arboleda. Las ofrendas requerían una canción, y los endlanos no cantaban en invierno. Aquella era la única forma de asegurarse de que los forasteros no cruzaban el hielo pasando inadvertidos. Después de todo, una cosa era que un vigilante detuviese a un forastero que intentase atacar al Bosque o a sus habitantes, pero, por el contrario, atraer a un inocente accidentalmente con una canción iba en contra de su código.

Sin embargo, aquella noche, estaba preparada para violar el código. Las oraciones no habían funcionado, lo cual solo podía significar que el Bosque quería un sacrificio. Y, si bien no pretendía matar a un animal (la canción para matar, que calmaba a la presa hasta que se sumía en un trance, era demasiado poderosa como para interpretarla ella sola y había demasiado riesgo de que alguien la oyera), un pequeño sacrificio de sangre podría ser suficiente como para despertar la magia latente de Tate.

Se agachó bajo el árbol de su familia, un pino alto y majestuoso que tenía cientos de años y que, según la tía Ketty, era tan anciano como el mismísimo Bosque Errante. Incluso antes de pasarse el cuchillo por la palma de la mano, podía sentir la música presionándole la garganta, ansiosa por ser liberada tras meses de silencio.

Mientras la hoja le rasgaba la piel, la música surgió de ella junto con la sangre. Casi le pareció que podía escuchar a los árboles suspirando, aunque, probablemente, solo fuese el viento. También era probable que la forma en la que la sangre se filtraba a través del suelo con tanta rapidez, como si las raíces la estuvieran absorbiendo, no fuera más que la luz de la luna jugándole una mala pasada.

Y si, en algún lugar al otro lado del agua, un joven viajero inconsciente estaba dando vueltas en sueños sin saber que el lago en cuya orilla dormía estaba lleno de veneno o que el Bosque de la isla que estaba en el centro se estaba despertando en aquel momento tras un invierno largo y hambriento...

Bueno, en tal caso, aquella noche tendría que haber acampado en otro sitio.



## Capítulo Dos



—¿Dónde estabas? —preguntó Stepan, cerrando la puerta detrás de Jaren. Le hizo una inspección rápida para asegurarse de que no estaba herido y, después, soltó un suspiro de alivio—. Pensábamos que los espíritus del bosque te habían secuestrado.

Jaren le lanzó una mirada tímida a su padre mientras se dirigía hacia la jofaina.

—Ojalá pudiera culpar de mi tardanza a los duendecillos o los fuegos fatuos, papá, pero...

Antes de que pudiera continuar, toda su familia acabó la frase por él.

—Te has perdido.

Él asintió.

—Me he perdido.

Nunca antes había pasado la noche en aquel bosque, y se sentía agradecido de haber sido capaz de encontrar el camino de vuelta a casa cuando se había despertado al amanecer.

—¡Cómo no! —Su hermana mayor, Summer, le sonrió desde el lugar en el que estaba sentada junto al fuego, haciendo una talla. Era tan cálida como sugería su nombre, la más amable de sus tres hermanas—. Estabas soñando despierto otra vez, ¿verdad?

—La cabeza en las nubes, los pies en el lodo —canturreó su hermana mediana, chasqueando la lengua al ver sus botas sucias.

Como eran mellizos, Story y Jaren eran los más cercanos tanto en edad como en vínculo, aunque ella había nacido primero y le gustaba utilizar esos once minutos de diferencia para ser una mandona con él siempre que podía.

Su hermana más pequeña, Sofía, que tenía quince años, todavía era el bebé de la familia. La llamaban «Renacuajo», sobre todo porque, desde que había empezado a moverse, siempre había sido saltarina como una rana, pero también porque fingía que lo odiaba. En aquel momento, estaba sentada en el sofá, haciéndose una trenza en el pelo largo y rojizo.

—No has encontrado ninguna flor temprana de primavera para mí, ¿verdad? Estoy muy cansada de todo esto. —Hizo un gesto vago en dirección a la puerta principal.

—Podrías ir a buscar flores tú misma —dijo Summer.

—No he encontrado flores. —Jaren alzó la cesta—. Aunque sí que he encontrado cebollas salvajes.

Renacuajo cruzó los brazos frente al pecho, haciendo un mohín.

—Odio las cebollas.

Story le dio un tirón de la trenza lo bastante fuerte como para hacerle saber que estaba siendo una maleducada.

—Entonces, aprende a cocinar tu propia comida. Ya va siendo hora de que empieces a hacer algo útil en casa.

Su padre golpeó una cuchara de madera contra la cazuela, lo cual era su forma de decirle a sus hijos que se calmasen. Desde que su madre había muerto, él se había encargado con valentía de cocinar, y todos se habían sorprendido al descubrir que era mucho mejor chef que su difunta esposa. Sin embargo, ninguno de ellos lo dijo. Stepan no hubiese querido que nadie insultase la forma de cocinar de su querida Sylvie por muy incomedible que fuese.

—Dejad a Rena tranquila —les dijo por encima del hombro—. Está cansada.

—¿De qué? —preguntó Story, con los ojos marrones abiertos de par en par por la incredulidad—. ¿De estar sentada?

Jaren dejó a sus hermanas discutiendo en la sala de estar y subió a la buhardilla para cambiarse. Ellas compartían el único dormitorio, mientras que su padre dormía en un camastro junto al fuego. Las chicas discutían constantemente, pero, a veces, Jared envidiaba lo unidas que estaban. Sabía que le excluían de sus conversaciones más íntimas porque era un chico, no porque no le quisieran, pero eso le hacía sentirse separado de ellas. El hecho de que fuera un soñador y se distrajese con facilidad tampoco ayudaba.

Todavía no podía creerse que el día anterior se hubiera saltado una de las señales del camino, haciendo que recorriese varios kilómetros en la dirección equivocada. Para cuando se hubo dado cuenta del error, ya estaba anocheciendo y, aunque no creía en fábulas y leyendas como su padre, tampoco era lo bastante tonto como para intentar recorrer un sendero lleno de rocas en la oscuridad. Con su suerte, se hubiera torcido el tobillo y se hubiera quedado abandonado hasta que otro transeúnte se hubiese topado con él, lo que, teniendo en cuenta que no había visto a nadie el día anterior, podría haber tardado años.

—¡Baja a comer! —le dijo Story desde el pie de la escalera—. La sopa se está enfriando.

Jaren se pasó una camisa limpia por la cabeza y bajó. Balbuceó una disculpa, pero el resto de la familia ya estaba mojando trozos de pan en la sopa.

—Cuéntanos —dijo Stepan. Ahora que Jaren estaba en casa, la curiosidad había sustituido la preocupación—. ¿Has visto algo interesante en tus andanzas? Debiste andar varios kilómetros en la dirección equivocada.

—Encontré un lago precioso —contestó—. Para cuando me había preparado para pasar la noche, estaba demasiado oscuro como para ver nada, pero, esta mañana, me ha sorprendido lo perfectamente claro que estaba. Nunca antes había visto ese tono de azul.

Stepan alzó la cabeza del cuenco, lanzándole una mirada severa.

—¿Cómo se llamaba el lago?

Él negó con la cabeza y le dio vueltas en la boca a un trozo de patata que estaba ardiendo.

—No tengo ni idea, no estaba señalizado.

—Entonces, ¿cuál era el pueblo más cercano?

—Estaba perdido, papá. Si soy sincero, ni siquiera sé si todavía estaba en este mismo reino.

El rostro de su padre permaneció pétreo.

—No bebiste agua del lago, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza.

—No, llené el odre en un riachuelo, ¿por qué?

Stepan miró a sus hijas.

—Klaus me dijo que por esta zona hay un lago que parece límpido pero que, en realidad, está lleno de veneno.

Jaren se rio, pero su hermana melliza le tocó la mano.

—Yo también he escuchado a los aldeanos decir lo mismo.

Estaba seguro de que aquello no era más que otra de las supersticiones locales. Se habían mudado al pueblecito de Bricklebury hacía poco más de un mes, después de la muerte de su madre y de que Klaus, un viejo amigo, les hubiese ofrecido alquilar su casa por un buen precio. Jaren sabía que su padre estaba demasiado atormentado por los recuerdos de Sylvie como para quedarse en su antigua casa, y Bricklebury era un pueblo perfectamente encantador. Sin embargo, nunca en toda su vida había visto un grupo de personas tan crédulas y chismosas.

Teniendo en cuenta que su mente siempre estaba vagando en direcciones extravagantes, él mismo podría haber sido propenso a creer en historias fantásticas. Pero las historias que se contaba a sí mismo mientras caminaba o trabajaba no eran cuentos de hadas; eran historias de lo que podría ser o lo que podría haber sido, conversaciones que desearía haber mantenido o que esperaba mantener algún día. Quizá tan solo se sentía perdido porque estaba

rodeado de tres chicas obstinadas que sabían con exactitud lo que querían. Sin embargo, él, con dieciocho años, todavía no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía.

Se sintió tentado de decirle a su padre lo que pensaba de ese «lago mágico», pero también sabía que, si no tenía en cuenta sus miedos, probablemente, la próxima vez enviaría a una de sus hermanas a hacer la recolección, y él odiaba cortar leña y cazar, que eran las otras dos tareas que podía encomendarle.

—No volveré —dijo, y lo dijo en serio. No tenía motivos para alejarse tanto y, además, había dormido muy mal la noche anterior. Prefería con mucha diferencia su propia cama antes que las piedras y la nieve derretida—. Pero no tienes que preocuparte, padre, no vi más que ardillas. La primavera se está retrasando este año.

—Siempre llega tarde a estas alturas de las montañas —comentó Summer con el aire de quien sabe algo que el resto de la familia no.

Sofía se metió en la boca un trozo grande de pan.

—¿Quién lo dice?

—No hables con la boca llena, Renacuajo —le dijo Story, dándole un codazo a su hermana pequeña.

Summer evitó sus miradas.

—Oí que alguien lo decía en el mercado.

—Se trata del carpintero, ¿verdad? —Story sonrió con los ojos resplandeciendo a la luz del fuego—. ¡Sabía que te gustaba!

Mientras sus hermanas bromeaban las unas con las otras y su padre intentaba calmarlas, la mente de Jaren estaba inundada por una canción extraña y triste que no podía identificar. No tenía ninguna habilidad musical, así que no era probable que se la hubiese inventado. Y, aunque a su madre le encantaba cantar, no hubiese elegido algo tan triste.

—¡Yuju! —exclamó Story, agitando una mano frente a su rostro— ¿Dónde estabas?

Se dio cuenta de que su cuchara colgaba delante de él, olvidada.

—Lo siento.

—Es evidente que estás agotado —dijo su padre—. Descansa un poco. Tus hermanas y yo nos encargaremos del resto de tus tareas lo que queda del día.

Jaren asintió y balbuceó una disculpa. Pero, aunque sí que sentía el cansancio en cada fibra de su cuerpo, permaneció despierto durante horas, intentando quitarse de la cabeza aquella extraña melodía.